

El objeto cercano. La dictadura franquista en la historiografía italiana

Ismael Saz

Creo obligado iniciar mi comentario congratulándome del tema elegido por Alfonso Botti para su exposición, así como por el enfoque que ha dado al mismo. Primero, porque, como intentaré poner de manifiesto, el problema de la dictadura merecía un tratamiento monográfico en una reunión como ésta. Y, segundo, porque Alfonso Botti ha abordado la cuestión con una claridad y una valentía que favorecen extraordinariamente el cumplimiento de otro de los objetivos de este seminario: el debate abierto entre distintas perspectivas y la reflexión sobre los fundamentos culturales, historiográficos y políticos, de las distintas construcciones de la imagen de la España contemporánea. Consecuentemente, mi exposición se desarrollará en dos partes bien diferenciadas aunque claramente interrelacionadas: una más general y complementaria a la exposición de Alfonso Botti y otra en la que se intenta establecer un diálogo con algunas de las tesis por él mantenidas.

1. La España contemporánea en el espejo de la dictadura

¿Qué puede haber influido más en la imagen de España, en la percepción de la imagen de España, dentro y fuera de sus fronteras, que la existencia de una dictadura de cuarenta años? Por supuesto, la imagen de una España que no marchaba al compás de Europa tenía, como es sobradamente conocido, una larga tradición ya en los años treinta, y la propia guerra civil se encargaría de magnificar esas percepciones. Pero la dictadura vino a amplificarlas todavía más, a fijarlas

como inmutables, y a suponer de algún modo la confirmación última y definitiva de todas las disfuncionalidades preexistentes. Si existía la imagen histórica de una España negra, ¿qué mejor demostración de su inmutabilidad que una dictadura que ofrecía impudicamente, en sus primera décadas al menos, la más clara y tangible materialización de esa negritud? En cierto sentido, por tanto, la dictadura se podía explicar por la existencia de un pasado excepcional cuya excepcionalidad venía a su vez magnificada por la propia dictadura.

Vale la pena señalar que esta fijación de una determinada imagen de España tuvo mucho que ver con la larga duración de la dictadura, con su prolongación treinta años más allá de 1945. Hasta esa fecha, sin embargo, la dictadura franquista no había sido sino una más entre las muchas europeas del período de entreguerras. Y a todas ellas se les podía haber aplicado –y de hecho se les aplicó– la idea de la dictadura como revelación de taras o males seculares de sus respectivos países, de su historia, de sus estructuras, del carácter mismo de sus ciudadanos. Más adelante y de forma hnto más sofisticada, algunas teorías como la del *Sonderweg*, para Alemania, o la *rivoluzione pasiva*, para Italia, darían cuenta de las respectivas dictaduras en clave de continuidades históricas y déficits de modernidad socioeconómica y política.

Así pues, había una excepcionalidad española que no lo era tanto; y otra, posterior a 1945, plenamente tangible y absolutamente operativa en su proyección sobre el pasado. Sin embargo, también los países que vivieron experiencias dictatoriales traumáticas en el período de entreguerras hubieron de seguir conviviendo, aunque de otra manera, con el peso de las mismas. Y de hecho, como revelan los recientes debates y querellas historiográficas en Alemania e Italia, siguen haciéndolo.

Por una parte, sigue abierto en estos países el problema de la reconstrucción de una historia nacional en cuyo centro se halla la ominosa mancha de una dictadura aberrante; por otra, se plantea el problema complementario de la fundamentación-legitimación de las democracias instauradas en 1945. Por supuesto, en esta última fecha los valores dominantes eran los del antifascismo, aunque éstos no pudieran aplicarse del mismo modo en todas partes. En Alemania, por ejemplo, los mimbres de la resistencia antifascista habían sido débiles y su memoria se iba a escindir, además, irremediamente entre las dos Alemanias. En Italia, en cambio, el antifascismo y la resistencia podían considerarse

en cierto modo victoriosos, hasta el punto de que sus valores adquirieron el papel de mito fundacional de la República.

Medio siglo más tarde son, precisamente, los valores del antifascismo los que han sido sometidos a un asalto generalizado desde posiciones revisionistas. Para estos sectores, historiográficos o no, aquellos valores son insuficientes, o sesgados, a la hora de reconstruir un pasado nacional, una historia nacional aceptable. La cual, además, debería constituir la base para la fundamentación de un nuevo patriotismo considerado imprescindible como elemento de cohesión social frente a los desafíos y disfuncionalidades de la sociedad posindustrial.

Tales fueron a grandes rasgos las bases de la *Historikerstreit* o de los sucesivos debates que vive la historiografía italiana ante la constante ofensiva de un revisionismo de marca *defeliciana*. Las experiencias fascistas de ambos países arruinaron el atractivo, y hasta la respetabilidad, de toda retórica nacionalista o patriótica. ¿Cómo resucitarlos entonces? No había otra salida que la de rescatar los elementos de sano patriotismo o sano nacionalismo que pudieran existir en el interior de las propias experiencias dictatoriales. La respuesta en Alemania la proporcionó básicamente E. Nolte al acentuar los elementos reactivo-defensivos del nacionalsocialismo frente al bolchevismo. Las barbaridades perpetradas por los segundos exigían una reacción a la vez burguesa y nacional que los nazis asumieron y distorsionaron hasta la aberración. Pero esto último no eximía la necesidad de lo primero. El colofón era claro: había un nacionalismo sano no nazi que había que rescatar y había, por tanto, una historia nacional asumible y respetable a reconstruir ¹.

En Italia la operación era más compleja. Primero, porque la tradición antifascista era más sólida y poderosa, y, segundo, porque no existía como en Alemania una fortísima prevención anticomunista. Desde el punto de vista nacional, en fin, el fascismo no sólo había contribuido a causar un daño universal sino que había concluido en un inmenso fiasco hasta quedar reducido a un estado satélite de la Alemania nazi.

¹ Cfr. E. NOLTE, *La guerra civil europea, 1937-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, 1994; íd., *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo xx*, Barcelona, 1995. Para una visión de conjunto de la *Historikerstreit*, Ch. S. MAIER, *The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard, 1998, y G. ELEY, «Nazisme, politique et l'image du passé. Idées au volant de la *Historikerstreit* d'Allemagne Occidentale, 1986-1987», *Afers*, núm. 25, 1996, pp. 585-621.

A diferencia del caso alemán, en fin, los valores del antifascismo y la resistencia podían plantearse, además, como los verdaderamente nacionales. ¿Cómo fundamentar entonces un patriotismo distinto? Pues bien, por una parte rebajando las dimensiones del *mal*, es decir, acentuando las diferencias con la mucho más perversa y terrorífica experiencia nazi. Por otra parte, rescatando lo que pudiera haber de patriotismo en el propio fascismo. Y, finalmente, diluyendo los contenidos nacionales del propio antifascismo. El último libro de Renzo De Felice, *Rosso e Nero*, incidía de forma clara y meridiana en los dos últimos supuestos: la creación de la República de Saló por Mussolini no habría estado exenta de móviles patrióticos, en el sentido de ahorrar males mayores a Italia, y los comunistas italianos no habrían sido sino una pieza del «sistema de poder mundial de la URSS»².

Todo esto no implica ningún tipo de defensa del fascismo, pero sí apunta a la existencia de la presencia distorsionada en él de un nacionalismo subyacente y por ello rescatable. Lo que se complementa con la progresiva elevación del comunismo a la categoría de *mal* igual, cuando no mayor, que el propio fascismo. Hay algo de paradójico en el hecho de que el final de la guerra fría y la desaparición del comunismo haya supuesto el inicio de una formidable ofensiva anticomunista. Por supuesto, tal ofensiva es, hasta cierto punto, tan justa como necesaria, pero si se observa más el cómo y cuándo de la misma se podrá convenir con facilidad que el gran objetivo no eran tanto los comunistas como los amigos de los comunistas, no tanto la cultura comunista como la cultura del antifascismo. Un objetivo que aparece dibujado de forma meridianamente clara en *El pasado de una ilusión*, de F. Furet, texto en el que es tan apreciable la voluntad de ajustar cuentas con la cultura del antifascismo francés, como la de hacerlo vía aproximación de los dos grandes males, *el comunista y el fascista* :1.

¿Qué tiene todo esto que ver con España? Mucho más de lo que a simple vista podría parecer. Porque España y su guerra civil habían constituido precisamente el punto de referencia, europeo y mundial, del antifascismo. François Furet era plenamente consciente de ello y en su libro extraería las pertinentes conclusiones. La guerra de España habría sido el mayor logro de la capacidad de engaño de fascistas y comunistas para atraerse a incautos aliados. El antifascismo habría

2 R. DE FELICE, *Rosso e Nero*, Milán, 1995, pp. 73 Y109-133.

A F. FURET, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Madrid, 1995.

sido hábilmente manipulado por Stalin hasta el punto de que la España republicana dejaba de constituir un ejemplo de lucha por la libertad y una anticipación de la guerra mundial antifascista, para convertirse en el precedente más inmediato de las democracias populares de la posguerra.

¿y qué tiene todo esto que ver con la mirada italiana sobre España? Mucho más todavía. Porque en Italia se dan juntos y con efectos multiplicadores todos los elementos que hasta aquí hemos tratado separadamente. En primer lugar, la necesidad para determinados sectores de reivindicar un nuevo nacionalismo, un nuevo patriotismo, por supuesto distinto – **o** liberado- de las aberraciones fascistas, pero radicalmente diferente, y enfrentado, a la cultura del antifascismo. En segundo lugar, la exigencia de una cierta demonización, no ya del comunismo genérico sino del occidental y, muy especialmente, del italiano. En tercer lugar, y sobre todo, la existencia de una línea directa entre los mitos fundacionales del antifascismo y la resistencia y la guerra de España. La presencia de los voluntarios antifascistas en España puede considerarse – **y** de hecho se considera- como un hito fundamental, cuando no fundacional, de la resistencia.

Es aquí, precisamente, donde entran en juego los otros dos factores. Si podía existir un nacionalismo sano subsumido en la distorsión fascista y si la España republicana no era sino una anticipación de las democracias populares, entonces el conflicto se daba entre fascismo y comunismo, y, consecuentemente, podría haber algo de sana prevención a la vez nacional y anticomunista en aquellos que fueron a combatir en España, no con la República sino con Franco.

No estamos abandonándonos a un ejercicio de caprichoso encadenamiento de hipótesis. En el pasado mes de mayo se han publicado en los principales periódicos italianos decenas de artículos centrados en la guerra civil española. Se trata de un debate ácido, pero que han podido seguir miles de lectores, infinitamente más de los que podrán seguir nunca nuestras reflexiones acerca de la mirada de los otros hacia España. El punto de partida de esta especie de *Historikerstreit* a la italiana sobre España ha sido un texto de un diplomático liberal – **que** no fascista o posfascista-, Sergio Romano. En él se defiende la posición de muchos de los que vinieron a luchar a España con los rebeldes en el mareo de la intervención fascista; se reduce la guerra de España a un capítulo de la expansión de la URSS; y, por último, se reconoce

a Franco el doble mérito de haber salvado a España del comUnismo, primero, y de la II Guerra Mundial, después ⁴.

¿Qué se puede deducir de todo esto? En primer lugar, y por tangencial que resulte al objeto de nuestra exposición, debería reflexionarse sobre el hecho de la escasa excepcionalidad de algunos debates españoles acerca de la enseñanza de la historia --el debate de las humanidades- y su trasfondo. También el franquismo desgastó y arruinó la respetabilidad del patriotismo español y la retórica nacionalista. Asistimos ahora a la necesidad de determinados sectores de reconstruir una imagen sana y presentable de la historia de España. Éste es, por lo visto, el sino de los países que habían vivido experiencias dictatoriales de signo nacionalista. No estaría de más por ello que tuviésemos presente esta circunstancia transnacional.

En segundo lugar, debería reflexionarse acerca del lugar de la dictadura española en el imaginario europeo. Existe la tendencia a considerar como definitivamente concluido el capítulo de la valoración -digamos moral- de las dictaduras. Pero los debates europeos demuestran que éste no es, en absoluto, un capítulo cerrado. El extraordinario desparpajo mostrado por muchos polemistas acerca de la historia reciente de España, de la guerra civil y la dictadura, muestra hasta qué punto ciertos estereotipos, como el del Franco salvador, se muestran resistentes a los logros de la historiografía seria, española o no. En este sentido, la presencia activa en el debate italiano de los «hispanistas» -como Botti y Ranzato, por citar a los dos aquí presentes- demuestra la alteración radical del significado del «hispanismo» mismo. Si éste había pecado en algún momento y circunstancias -allá por principios de siglo-, de orientalismo, es evidente que ahora desempeña una función absolutamente distinta.

La tercera reflexión, que es la que guiará el resto de mi exposición y la más pertinente al objeto de nuestro tema, se refiere al peso del pasado -de ese pasado que no quiere pasar- en la cultura e historiografía italianas sobre la España contemporánea. Es aquella que permite subrayar el presentismo y cercanía con que la historia española es vivida en el país transalpino. De las ventajas e inconvenientes que ello puede suponer es de lo que nos ocuparemos a continuación.

⁴ Véase, en este mismo volumen, el artículo de F. GARCÍA SANZ, «De la indiferencia simpática al descubrimiento del Mediterráneo...».

2. La mirada a la historiografía española

Me parece que algunas de las reflexiones críticas de Alfonso Botti a propósito de la historiografía española son plenamente asumibles. Así, por ejemplo, el fuerte contenido ideológico que sigue impregnando los debates sobre el franquismo, la herencia e influencia del antifranquismo político, la notable presencia en los estudios iniciales sobre el régimen de otras ciencias sociales, el conocimiento un poco de «pres-tado», es decir, a través de estudios de terceros, de la experiencia del fascismo italiano, y, en fin, ciertas peculiaridades del debate acerca de la naturaleza del régimen.

Estas críticas, sin embargo, se pueden matizar en varios sentidos. No creo, por ejemplo, que la politización del debate o la herencia del anti-franquismo funcione en una sola dirección. Al contrario, considero que en algunos casos puede darse la tendencia a subrayar en exceso los elementos arcaicos del franquismo, pero en otros puede operar en la dirección de acentuar los aspectos fascistas del régimen, y, en otros, ambas cosas a la vez. Los efectos potenciales de esa conocida tendencia a pensar que cuanto más negro se pinta al enemigo mejor se le combate son, en efecto, ilimitados. Aunque no estaría de más recordar al mismo tiempo que no todos los sectores de la historiografía española se deslizan por esa pendiente. O mejor aún, que cada vez son más los que no lo hacen.

Algo similar cabría afirmar respecto de la presencia sobredimensionada de sociólogos y politólogos así como de la excesiva prolongación o incidencia en el problema de la naturaleza del régimen. No me encuentro entre los partidarios de establecer contraposiciones rígidas entre la historiografía y otras ciencias sociales; ni tampoco entre los que consideran que el debate sobre la naturaleza del régimen está agotado. Los modelos elaborados por los sociólogos pueden ser tan útiles y fructíferos como los elaborados – **si** es que así se **hace** – por los historiadores y no entiendo cómo se puede investigar el franquismo sin la utilización seria y bien delimitada de determinados instrumentos conceptuales. Podríamos decir en este sentido que el problema no radica tanto en el debate en sí acerca de la naturaleza del régimen como en lo que haya podido tener de debate mal planteado o puramente nominalista.

Creo que en esto estamos sustancialmente de acuerdo, como lo demuestra el hecho de que la práctica totalidad de la exposición de

Botti gira en torno a ese problema. De modo muy acertado, además, puesto que, si no me equivoco, lo que hace es plantear una serie de reflexiones encaminadas a que ese debate pueda desarrollarse sobre bases más firmes y por eso mismo potencialmente más fecundas.

En este último sentido, debo decir que estoy sustancialmente de acuerdo con el enfoque de Alfonso Botti en lo relativo al problema de la excepcionalidad o no de la historia contemporánea de España. Considero que cualesquiera fueran los elementos de atraso socioeconómico de la España de principios de siglo, éstos no eran suficientes para condicionar negativamente la existencia de pautas culturales y políticas semejantes a las europeas. O, dicho de otro modo, que la evolución política de la España del siglo XX responde en líneas generales a los mismos grandes procesos que la del resto de Europa y que lo que tiene de peculiar debe estudiarse en un marco conceptual similar. Lo que no quiere decir, evidentemente, que las respuestas españolas no pudieran diferir de las del resto de Europa. Entre otras cosas porque las de todos y cada uno de los países europeos difirieron también de las del resto de Europa.

Desde este punto de vista hay motivos para congratularse, como afirma Botti, de la existencia de aproximaciones como las de Fusi y Palafox o Ringrosse. No debería olvidarse, sin embargo, que ni este tipo de enfoques es tan nuevo ni todo va en la misma dirección. No es tan nuevo, como lo demostraría el hecho de que el propio Botti abundara ya en esta dirección hace algunos años. Pero también porque existe una larga tradición de estudios dedicados desde hace mucho tiempo a cuestionar las tesis de lo que podría llamarse el *Sonderweg* español en su forma de ausencia-frustración de la revolución burguesa, predominio de las élites terratenientes preburguesas, bloques históricos y culminación -casi lógica e inevitable- en el fracaso de la II República e imposición de la dictadura franquista⁵.

Tampoco vamos todos por el mismo lado, porque la patente de normalidad no puede funcionar en modo alguno como relajación de la función de la crítica histórica o como simple homologación, sin más,

⁵ Cfr. I. S. PÉREZ GARZÓN, «La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979», en M. TUÑÓN DE LARA (ed.), *Historiografía española contemporánea*, Madrid, 1980, pp. 91-138; P. RUIZ TORRES, «Un balance global. Del Antiguo al Nuevo Régimen: carácter de la transformación», en A. M. BERNAL et al., *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, vol. 1, Madrid, 1994, pp. 159-191.

de la historia de la España contemporánea. La existencia de un mareo europeo en el que debe inevitablemente encuadrarse la experiencia española implica la renuncia al trazo grueso y al determinismo economicista. Todo esto no exime —al revés, lo exige— la utilización de un amplio abanico de colores que, en ocasiones, puede venir a *normalizar* el comportamiento de las clases dominantes o élites dirigentes españolas; pero que puede exigir, también, una acentuación de las consideraciones críticas acerca de esas élites. Subrayar, por ejemplo, la normalidad, en tanto que liberalismo de los notables, de la España de la Restauración no supone sino la determinación de un mareo que hace resaltar más aún lo que en aquellas élites había de mayor conservadurismo, autoritarismo e inmovilismo respecto de otras europeas, o, por decirlo de otro modo, de menor sensibilidad y capacidad de respuesta a los desafíos, sociales, políticos y nacionales, de la moderna sociedad de masas.

En este sentido, apuntaría muy brevemente, algunos de mis desacuerdos con Botti. Creo que, a diferencia de lo que él sugiere, la aparición de una ideología nacionalista española, a la vez reaccionaria y moderna, fue relativamente tardía. No, por supuesto, por la ausencia de condiciones socioeconómicas o por ningún tipo de atraso secular, sino fundamentalmente por razones políticas. Esto es, por el comportamiento excesivamente conservador de las élites de la Restauración y la consiguiente inexistencia de aquellos avances democráticos que obligaron en muchas partes a la modernización en sentido nacionalista y antiliberal de sectores importantes de la derecha conservadora. La mejor prueba de ello está en Cataluña y, en cierto modo, en el País Vasco, donde sí surgió un moderno nacionalismo en buena parte por la existencia de más claros y poderosos desafíos a las clases dominantes.

No creo, por tanto, que pueda hablarse de la existencia de una ideología nacionalista, a la vez reaccionaria y moderna --como lo eran las de *Action Française* y la *Associazione Nazionale Italiana*-- en la España de principios de siglo. Había, claro es, elementos dispersos susceptibles de una ordenación racional que permitiese una construcción ideológica coherente. Pero esos elementos siguieron dispersos hasta los años treinta. La mejor demostración es que el Menéndez y Pelayo que abrazaba la modernidad industrial a finales del siglo XIX, abrazaría con ella el liberalismo conservador. Haría falta el gran desafío de los años treinta para que una ideología ya plenamente elaborada procediese a la construcción de un Menéndez y Pelayo todo de una pieza y, ahora sí, nacional-católico y antiliberal compacto.

En conclusión, estoy de acuerdo en lo fundamental con Botti, esto es, en lo que se refiere a la necesidad de estudiar en sí misma la evolución de la derecha española, sin remisiones a pautas funcionalistas o deterministas, aunque no en la cuestión relativamente menor del despliegue del moderno nacionalismo español. Tampoco, en la proyección a la ideología nacional-católica de una multiplicidad de funcionalidades que la haría apta para una gama tan amplia de opciones como las que irían del liberalismo conservador, a la España de los sesenta, de la deriva fascista de la dictadura a la autoritaria. Creo que estos temas aparecen entremezclados de nuevo cuando nos aproximamos al modo en que la historiografía italiana ha tratado esas mismas cuestiones. Tengo la impresión, además, que con las debidas excepciones, esta historiografía no ha conseguido resolverlas de modo mucho más eficiente que la española.

3. Franquismo y dictadura en la historiografía italiana

En el cuadro que Alfonso Botti traza de la historiografía italiana en su relación con España se establece una oportuna diferenciación entre lo que sería la historiografía italiana sobre el fascismo, por una parte, y la de los especialistas en la historia de España, por otra. En lo que toca al carácter del régimen de Franco, se nos viene a decir, algunos de los primeros consideran que el franquismo no puede ser incluido dentro de la categoría genérica de fascismo, mientras que otros consideran lo contrario. En el campo de los especialistas en España, algunos se inclinarían por asumir el carácter fascista de la dictadura española mientras que otros no se pronunciarían explícitamente.

Dado que no es mi intención introducir aquí el debate acerca de la naturaleza del franquismo, mis observaciones se ceñirán al terreno de la «circulación de las tesis» entre los sectores mencionados y la proyección que ello tiene sobre la percepción de la contemporaneidad española. Más exactamente, reflexionaré acerca de las relaciones existentes entre aquel sector de la historiografía italiana especialista en el tema del fascismo -italiano o genérico- que subraya el carácter fascista de la dictadura española -Collotti o Tranfaglia, por ejemplo- y el de los especialistas en historia de España que hacen lo propio.

Creo que esta conexión no funciona exactamente en el sentido sugerido por Alfonso Botti. O, más claramente, entiendo que los supuestos

que llevan a los primeros a certificar el carácter fascista del franquismo son justamente los contrarios a los defendidos por Botti. Este último rompe, como veíamos, con esa visión de la España contemporánea como cadena superdeterminada de atrasos: del económico al social, y de éstos a los políticos e ideológicos. Consecuentemente, considera que la sociedad española era perfectamente apta -léase moderna- para albergar una experiencia fascista. Por otra parte, se reconoce que en el caso español había dos peculiaridades bien sobresalientes: la presencia de la Iglesia como suministradora de ideología y la del ejército como protagonista central de la contrarrevolución.

El problema estriba, desde mi punto de vista, en el hecho de que los mismos E. Collotti y N. Tranfaglia, que se toman como expertos incuestionables en materia de fascismo italiano y genérico, explican esas peculiaridades del «fascismo español» en clave precisamente de atraso socioeconómico. Para Collotti, por ejemplo, las diferencias entre los fascismos italiano y alemán, de una parte, y otros menos extremos, de otra, se explican por las que existían entre unas sociedades industrializadas, con fuerte concentración urbana y estratificaciones sociales definidas, y aquellas otras con un limitado proceso de democratización y sin condiciones para el desarrollo de «modernos movimientos de masas». De un modo aún más directo, Tranfaglia afirma que el papel central de los militares en España, y en Portugal, se debió a la «ausencia de un desarrollo económico que haga emerger en medida relevante nuevas clases medias»⁶. Cabe preguntarse a raíz de esto qué fue, si es que llegó a existir, la II República, qué se entiende por movilización de masas, o si las clases medias en Cataluña, Madrid, País Vasco o País Valenciano, por ejemplo, eran menores y menos modernas en 1936 que las de la Italia quince años antes.

Este recurso a la perspectiva del atraso encuentra su justa correspondencia en la atribución de un carácter católico al fascismo español. Operación que es, por supuesto, completamente legítima, pero que remite inevitablemente a una concepción extensa del fascismo que acentúa la dimensión conservadora del fenómeno. De ahí, la tendencia a reivindicar en este extremo, pero sólo en este extremo, al primer Nolte, el de *Elfascismo en su época*. De ahí también, la no menos significativa

(E. COLLOTTI, *Fascismo, fascismi*, Florencia, 1989, pp. 16-17; íd., «Cinc formes de feixisme europeu. Austria, Alemanya, Italia, Espanya i Portugal», *Afers*, núm. 25, 1995, pp. 511-524; N. TRANFAGLIA, *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, 1995, pp. 6S9-661.

propensión a hacer coincidir los elementos de la ideología fascista subrayados por éste con los apuntados por otro historiador alemán, este marxista, como R. Kühnl; aunque por el camino se pierda el primero de los motivos de la ideología fascista apuntados por este último: el relativo a la ideología de la comunidad. Circunstancia que resulta todavía más curiosa si se tiene en cuenta que ese punto constituye el núcleo de la caracterización del fascismo de otros autores, como Ph. Burrin, por otra parte, unánimemente exaltados ⁷.

4. Las peculiaridades de la historiografía italiana

Fueren cuales fueren las razones de estos olvidos, las propensiones apuntadas vienen a coincidir en cierto modo con otra serie de enfoques que han caracterizado durante mucho tiempo a la historiografía italiana de origen radical-marxista. Tales son, por citarlos brevemente, la escasa relevancia concedida, como se acaba de ver, a lo que había de específico en la ideología fascista; la prácticamente nula importancia concedida al partido fascista como componente esencial de la dictadura fascista y como instrumento central, imprescindible e insustituible del culto fascista al Estado; la resistencia a asumir no ya las tesis defelicianas acerca del consenso, sino la centralidad que esta problemática tiene en toda dictadura fascista; la fijación en la idea de la subordinación del régimen fascista respecto de la gran industria; el muy tardío abandono de las tesis de la continuidad histórica del fascismo respecto del pasado liberal, o, en fin, la tendencia a detener la experiencia fascista en los últimos años veinte, ignorando la *svolta totalitaria* que De Felice sitúa a mediados de los años treinta y Gentile retrotrae a la esencia misma del fascismo ⁸. En suma, lo que parece apuntarse en esta historiografía es justamente lo contrario de lo que Boui atribuye a la española: una fuerte tendencia bien a minusvalorar o desconocer los ele-

⁷ R. KÜHNL, *Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués*, Barcelona, 1982, pp. 148-152; Ph. BUHIN, «Política i societat. Les estructures del poder a l'Itàlia feixista i a l'Alemanya nazi», *Afers*, núm. 25, 1995, pp. 485-510.

⁸ Para esto último, R. DE FELICE, *Mussolini il duce. Lo Stato totalitario, 1936-1940*. Turín, 1981, pp. 8 Y ss., Y E. GENTILE, *La via italiana al totalitarismo. Il partito i lo Stato nel regime fascista*, Roma, 1995, especialmente pp. 113 ss. Sobre el papel del partido, P. POMBENI, *Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma partito del fascismo*, Bolonia, 1984; sobre esto mismo y el lugar del partido en la instrumentación del culto fascista, respectivamente, E. GENTILE, *Storia del partito fascista, 1919-1922*.

mentos novedosos, laicos, modernos y revolucionarios de la experiencia fascista italiana misma, bien a considerarlos como relativamente prescindibles.

Las razones de esta tendencia deben buscarse tal vez en el mismo lugar que Botti señala para el caso español, esto es, en la excesiva politización del debate italiano. Y, en un sentido más amplio, en aquellas circunstancias que he intentado dibujar en la primera parte de mi exposición: la existencia de un fuerte desafío revisionista que se orienta a combatir decididamente el carácter de mito fundacional de los valores del antifascismo y la resistencia.

Por supuesto, el talante de esta ofensiva podría ayudar a comprender la existencia de cierta sensación de acoso y la necesidad de reafirmar algunos de los supuestos fundamentales en que ha descansado durante mucho tiempo la historiografía radical italiana. Desde el punto de vista historiográfico, sin embargo, que es el que aquí nos interesa, lo que llama la atención es el hecho de que, en términos generales, una historiografía de similar origen y que tiene que soportar similares desafíos como es la alemana haya reaccionado en forma diametralmente opuesta. Se puede subrayar sin temor a equivocarse que la historiografía alemana ha venido a ocupar un papel de vanguardia en la renovación de los estudios sobre el fascismo.

No sería justo, sin embargo, ni demonizar los planteamientos «revisionistas» -que consideramos, más allá de nuestro radical desacuerdo, tan legítimos como cualesquiera otros-, ni ignorar algunos de los logros sustanciales de la historiografía italiana sobre el fascismo. Tampoco sería justo desconocer, en fin, que muchas de las más recientes investigaciones están superando algunas de las limitaciones y obsesiones que hemos venido apuntando⁹. El problema estriba en la articulación de esta renovación historiográfica con la construcción y reconstrucción de la imagen de España. Es de esperar que esa articulación no tarde en producirse. Que, en la medida en que algunos sectores de la historiografía italiana se liberen de la tendencia a proyectar una imagen unilateralmente conservadora, tradicional y reaccionaria del fascismo, necesitarán cada vez menos del apoyo en una experiencia similar en la vecina península ibérica. En otras palabras, no necesitarán interpretar

Movimento e milizia. Roma-Bari, 1989, y, del mismo, *Il culto del Littorio*. Roma-Bari, 1993.

⁹ Numerosos ejemplos de ello en la obra colectiva, *Il regime fascista. Storia e S/oriografia*. Roma-Bari. 1995.

a esta última desde la perspectiva de quien observa a un hermano menor algo más atrasado en la escala de la modernidad que, por ello mismo, puede funcionar de espejo, o de apoyo, para la revelación de algunas de las características supuestamente fundamentales del fascismo italiano.

Creo que líneas de investigación como las emprendidas hace ya varios años por Alfonso Botti caminan precisamente en esta dirección. Se trataría simplemente de reconocer que los mismos problemas desde el punto de vista de los procesos generales europeos tuvieron concreciones diferentes en España e Italia; de asumir simplemente el carácter distinto de las respuestas; y de reinterpretar el conjunto en función de claves socio-políticas y culturales que poco tendrían que ver con la situación de ambos países en una imaginada escala de la modernidad.

Se trataría, en suma, de un reconocimiento de la distancia. Como se ha puesto de manifiesto en las distintas intervenciones sobre el tema, todo parece indicar que el espejismo de la proximidad, incluso en términos de parentesco, ha funcionado muchas veces en detrimento del conocimiento recíproco. Tal vez un cierto relajamiento de los vínculos familiares -pasando, por ejemplo, de primos hermanos a primos segundos- y un olvido de las «edades en la modernidad», ayudaría a superar algunos de los problemas apuntados en esta reunión. De paso, contribuiría a subrayar, más que a disminuir, el hermoso gesto de los antifascistas italianos que hace ya seis décadas decidieron venir en apoyo de la libertad en España.